

VARIACIONES SOBRE CAPERUCITA ROJA

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
CAPERUCITA ULTRAVIOLETA	3
CAPERUCITA VERDE	5
CAPERUCITA NEGRA	7
CAPERUCITA ROSA	9
CAPERUCITA GRIS	10
CAPERUCITA INCOLORA	12
CAPERUCITA MORADA	14
CAPERUCITA DURMIENTE	16
CAPERUCITA NARANJA	19
CAPERUCITA PARDA	21
CAPERUCITA Y CÍA	23
CAPERUCITO/A ROJO/A	28
CAPERUCITA ESCARLATA	31
CAPERUCITA PARITARIA	32
CAPERUCITA ECOLÓGICA	34
CAPERUCITA CINEGÉTICA	36
CAPERUCITA ZOMBI	37
CAPERUCITA LICÁNTROPA	38
LOBITO ROJO Y LA CAPERUZA FERROZ	39
CAPERUCITA DOMINATRIX	40
CAPERUCITA FOFA	41
CERDITO ROJO	43
CAPERUCITA PIJA	45

PRESENTACIÓN

Tal como su nombre indica estos cuentos son versiones apócrifas, cuando no descaradamente parodias, del clásico cuento de *Caperucita Roja*. En realidad su origen, al igual que el de otras versiones de diferentes cuentos infantiles, fue dentro de la sección de los Apócrifos irreverentes, pero el incremento de su número, puramente casual y no premeditado, acabó recomendando segregarlos no sólo de los citados *Apócrifos irreverentes*, sino incluso de los Apócrifos infantiles. No obstante su unidad argumental y estilística se sigue manteniendo, por lo cual esta segregación persigue únicamente facilitar una mayor comodidad de lectura.

Por esta razón, la totalidad de los Apócrifos irreverentes quedan así repartidos en cuatro volúmenes, tres de ellos genéricos y numerados con los ordinales I a III, y este último temático.

Y eso es todo. Espero que se diviertan.

José Carlos Canalda

CAPERUCITA ULTRAVIOLETA

Caminaba Caperucita por el bosque, camino de la casa de su abuelita, cuando de repente le salió al paso un...

-¿Quién demonios será éste? -se preguntó la niña, desconcertada ante la extraña fisonomía del intruso- Desde luego, no parece un lobo... que yo sepa, los lobos no son de color verde, no tienen tentáculos ni antenas, ni tampoco ese cuerpo en forma de saco de patatas...

Por más que estrujaba sus escasos conocimientos zoológicos -en el colegio no le enseñaban demasiado de esta disciplina-, Caperucita no lograba desentrañar el misterio.

-Hola, Caperucita. -saludó el ser con voz cavernosa- ¿A dónde vas por este tenebroso bosque?

Y percatándose de la perplejidad de la muchacha, explicó con amabilidad:

-No, no soy el Lobo; el pobre está de baja por culpa de una molesta ciática. Yo soy su sustituto, me han enviado de la Oficina de Empleo para ocupar su puesto hasta que se recupere. Pero no te preocupes, conozco perfectamente mi trabajo y estoy convencido de que podré suplirle sin problemas.

-Pero... -Caperucita se preguntaba por qué razón no podían haber enviado a alguien más parecido físicamente al viejo cánido; a veces esos burócratas hacían cosas muy raras- ¿Quién es usted?

-Me llamo... ¡Bah!, dejémoslo, no hay manera de pronunciar mi nombre de forma inteligible en tu idioma. Me puedes llamar Bem, si quieres.

-Y, ¿de dónde es usted, señor Bem?

-¡Oh, de muy lejos! ¿Qué tal andas de astronomía? ¿Os han hablado de las galaxias y los cúmulos estelares en el colegio? -y viendo la cara de extrañeza de la niña se corrigió- Bueno, tampoco importa tanto. Digamos que de allá arriba. -concluyó, señalando con uno de los tentáculos superiores el firmamento.

-Encantada de conocerle, señor Bem, pero si me disculpa... tengo que llegar a casa de mi abuelita antes de las doce, si ficho más tarde me pueden descontar el plus de puntualidad y la hipoteca es la hipoteca...

-Vaya, niña, eso tiene fácil solución; -el alienígena se desvivía por ser amable- si quieres, te puedo llevar en mi aeromóvil; lo tengo aparcado detrás de esa loma.

-Y sacando de no se sabe donde, ya que iba completamente desnudo, un pequeño mando a distancia, lo esgrimió con un tentáculo presionando uno de los botones. Segundos después un pequeño aparato volador de forma lenticular se posaba silenciosamente a su lado.

-Yo... -musitó Caperucita, un tanto intimidada por el extraño- no sé si debo...

-Vamos, nena, no te voy a hacer nada. Estoy sindicado, ¿sabes? y mi expediente laboral es inmejorable; sólo que ahora estoy atravesando una mala racha. Pero te aseguro que antes de ponerte un tentáculo encima me lo amputaría yo mismo.

-*“Y te seguirían quedando otros siete”*. -pensó la niña.

Pero valiente al fin y al cabo, y viendo que se le hacía tarde y que la hipoteca no esperaba, aceptó tras un corto titubeo. Al fin y al cabo estaba acostumbrada a bregar con el Lobo, y no le parecía que este estrafalario ser pudiera llegar a ser más peligroso.

Así pues, ambos se acomodaron en el interior del pequeño vehículo el cual, tras cerrar su cubierta transparente, se lanzó como un rayo hacia el azul firmamento perdiéndose instantes después en la lejanía.

El cuento no relata lo que ocurrió a partir de ese momento, pero lo que sí consta en los archivos es que la niña jamás llegó a fichar en la casa de su abuelita y nunca más se volvió a saber nada de ella. Transcurrido el plazo estipulado fue despedida por abandono injustificado de su puesto de trabajo, siendo embargado asimismo su apartamento por impago de la hipoteca.

De ser ciertas, no obstante, algunas leyendas que corren por los mundos remotos del Cinturón de Orión, Caperucita y el Bem habrían sido felices y comido perdices, e incluso con la ayuda de la ingeniería genética -¿cómo, si no?- habrían sido padres de una prolífica estirpe de esporas que con el tiempo acabaron convirtiéndose en tiernos niños, niñas -y así hasta un total de los ocho sexos distintos en que se divide la raza del Bem- con tiernos tentáculos tornasolados -el color verde no surge hasta la pubertad- heredados del padre y las bellas trenzas y la capa de terciopelo con caperuza recuerdo de su ascendencia terrestre. He de advertir, no obstante, que debido a la lejanía del lugar ningún investigador ha podido corroborar fehacientemente la verosimilitud de esta historia.

CAPERUCITA VERDE

Ante todo, permítanme que me presente. Soy un macho adulto de *Canis lupus*, es decir, un hermoso lobo; pero no un lobo cualquiera, sino el afamado Lobo Feroz de los cuentos infantiles; y bien que me he esforzado, a lo largo de mi existencia, por mantener en alto el pabellón de mi bien merecida reputación.

Sin embargo, paradojas del destino, ahora me encuentro cumpliendo una larga condena en un penal de alta seguridad como convicto de un delito de pederastia; sí, ustedes han leído bien, pederastia, y todo por culpa de esa zorrilla intrigante de Caperucita a la que mal rayo parta.

Doy por supuesto que habrán leído en más de una ocasión el cuento del que ambos somos protagonistas, pero es mucho menos probable que conozcan su verdadero final, censurado y modificado por culpa de la mojigatería imperante en estos malhadados días en los que impera la estúpida dictadura de lo *políticamente correcto*. Porque en realidad yo no fui asesinado por el cazador, tal como a ustedes les contaron, al ser sorprendido por éste en la cama de la abuelita cuando intentaba capturar a Caperucita; oh, no, él se cuidó muy mucho de hacerlo, ya que sabía que los lobos somos una especie protegida y que, de matarme, se habría visto encausado por ello bajo la amenaza de una fuerte condena. No, él fue mucho más listo, se limitó a reducirme gracias a la amenaza de su escopeta -por muy protegido que pueda estar tengo tanta estima a mi pellejo como cualquiera, y el miedo es libre- hasta que la policía se hizo cargo del asunto deteniéndome y poniéndome a disposición judicial.

Y ahí empezó mi calvario. Caperucita, esa rijosa y repugnante criatura camuflada tras ese aspecto angelical con el que la muy hipócrita sabe encandilar a todos cuanto se cruzan en su camino, logró convencer al tribunal que me juzgó de que yo pretendía violarla, contando para ello con el inestimable apoyo del perjuro del cazador que, probablemente conquistado por sus encantos -es a él a quien deberían haber condenado por pederastia, y no a mí-, testificó en falso en contra mía. De nada sirvieron mis encendidas protestas alegando algo tan evidente como que los lobos no sentimos la menor atracción sexual por unos seres tan repulsivos como son los humanos -y todavía más sus crías-, y que lo único que pretendía era devorarla como Dios manda; en vez de condenarme por ello, lo cual hubiera dejado a salvo mi prestigio de depredador, los muy estúpidos lo hicieron por algo que jamás habría pasado por mi imaginación y que me provoca náuseas tan sólo con pensarlo, algo que humilla profundamente mi dignidad a la par que daña de forma irreversible mi bien labrada reputación.

Ojalá hubiera hecho caso a mi primo, olvidándome de esta lolita con capuchón para dedicarme, como hizo él, a perseguir a los Tres Cerditos; mejor me habrían ido las cosas ya

que, por más que me pudieran denunciar la Sociedad Protectora de Animales o la Federación Nacional de Ganaderos Porcinos, el caso no habría sido el mismo y yo no me encontraría preso por un delito que nunca pensé siquiera en cometer.

CAPERUCITA NEGRA

Pese a su larga experiencia policial, que le había llevado a presenciar multitud de crímenes de lo más desagradable, el comisario Gutiérrez no pudo evitar que un estremecimiento le recorriera el cuerpo al contemplar el atroz escenario del crimen. El cadáver no sólo había sido despedazado con saña, sino que sus restos triturados salpicaban toda la habitación en una espeluznante orgía de sangre y sadismo. La cabeza, única parte del desmembrado cuerpo que se conservaba más o menos intacta, mostraba tal expresión de horror que no era necesario ser ningún experto para dar por sentado que, previo al asesinato, el asesino se había ensañado torturando cruelmente a su víctima.

Reprimiendo las náuseas, el comisario interrogó al inspector Rebolledo, no mucho más entero que él.

-¿Qué habéis averiguado?

-Estamos a la espera de las pruebas de ADN para confirmar la identidad del cadáver, pero según su DNI se trata del Lobo Feroz... o de lo que queda de él. ¡Vaya escabechina! Jamás había visto nada igual.

-Yo tampoco, -respondió su superior- pero según los informes que he consultado antes de venir aquí, éste es el cuarto asesinato de características similares en poco más de medio año... todos en un radio de unos quinientos kilómetros, y todas las víctimas lobos, jamás humanos o ninguna otra especie. Estamos ante un asesino en serie, de eso no cabe la menor duda.

-¿Quién puede ser tan sádico?

-Ojalá lo supiéramos. -respondió Gutiérrez encogiéndose de hombros- Por cierto, ¿habéis interrogado a la vieja?

-Sí, o mejor dicho lo hemos intentado, ya que la pobre era presa de un ataque de histeria; hemos tenido que sedarla y enviarla al hospital. Lo único que sabemos es que la víctima asaltó su casa, la encerró en un armario atada y amordazada y, al parecer, se hizo pasar por ella recibiendo poco después, según todos los indicios, al asesino. La pobre anciana no vio nada al estar cerrada la puerta del armario, pero debió de oírlo todo... no me extraña que acabara así, máxime cuando todo parece indicar que el asesino la buscaba a ella y que sólo gracias a esta extraña suplantación logró salvar la vida.

-Esto también encaja con los crímenes anteriores. -respondió el comisario haciendo algunas anotaciones en su agenda electrónica- En todos los casos las víctimas obraron de

forma similar, siendo asesinados cuando habían suplantado a las propietarias de las viviendas... pero no acabo de comprenderlo, no tiene ninguna lógica.

-¿Quién es capaz de entender a estos psicópatas? -sentenció Rebolledo.

-No me refiero al asesino, sino a los lobos... -puntualizó el comisario- no es su conducta habitual, ni mucho menos.

-¿Bien, y ahora qué hacemos?

-De momento salir de aquí, porque si no voy a acabar vomitando. Cuando los chicos terminen de tomar muestras que salgan también, no tiene sentido permanecer en ese matadero, pero que aguarden en la puerta hasta que lleguen los de la Policía Científica. También están avisados ya los servicios funerarios, alguien tendrá que recoger todo esto... -concluyó, expresando su repugnancia con una significativa mueca-. Me han pedido que envíe un informe a la central, los chicos de la Brigada de Investigación Criminal han decidido hacerse cargo del caso, y yo me alegro de no tener que cargar con el muerto. En la vida he visto nada tan desagradable.

-¿Quién piensas que habrá podido ser? -le preguntó Rebolledo mientras franqueaban el umbral de la modesta vivienda.

-¿Quién sabe? -respondió el comisario- La gente de esta región es muy rara, y sus pautas de conducta son muy diferentes de las nuestras. Sólo tienes que ver como viven; -sentenció, abarcando con un amplio movimiento de la mano los vastos e impenetrables bosques que se extendían en todas direcciones hasta el lejano horizonte- estoy deseando agotar el período de destino forzoso para pedir traslado a la ciudad, a cualquier ciudad siempre que sea lejos de aquí.

-Tienes razón, a mí me pasa lo mismo. -corroboró su subordinado- Aquí me encuentro extraño, me parece como si esta tierra y esta gente estuvieran embrujados.

-Embrujados quizá no, pero medio locos sí.

Y ambos policías, tras limpiarse cuidadosamente las suelas de sus zapatos, montaron en el coche patrulla camino de la lejana comisaría.

CAPERUCITA ROSA

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes! -se extrañó la niña.

-¡Son para comerte mejor! -exclamó el Lobo Feroz abalanzándose sobre ella.

-¡Un lobo! -gritó aterrada Caperucita.

-¡Un chico! -gritó a su vez el Lobo al descubrir con sorpresa el verdadero sexo de su víctima cuando ésta, en su brusco retroceso para huir de su embestida, perdió la capucha que hasta entonces había cubierto su cabeza.

Meses después, y acogiéndose a una ley recientemente aprobada, ambos contraían matrimonio.

CAPERUCITA GRIS

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes! -exclamó Caperucita.

-¡Son para comerte mejor! -aulló el Lobo Feroz abalanzándose sobre ella con sus poderosas fauces abiertas.

-¡Socorro! ¡Un lobo! ¡Me come! -gritó despavorida.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió con estrépito, penetrando en su interior un cazador armado con una escopeta.

-¡Muere, bestia inmundada! -exclamó al tiempo que le descerrajaba dos tiros.

El lobo se desplomó fulminado, mientras el cazador se dirigía con palabras afectuosas a la aterrorizada Caperucita.

-Tranquila, niña, ya pasó todo. Ven conmigo, que te acompañaré a casa.

Y ambos se marcharon de allí cogidos de la mano. Pasado un tiempo prudencial el lobo abrió un ojo con cautela y, tras comprobar que estaba solo, se incorporó del lecho rezongando maldiciones contra el cretino del cazador; por más que se lo advirtiera una y otra vez seguía disparándole a bocajarro, y aunque los cartuchos eran de fogeo, siempre acababa chamuscándole el pelaje.

De paso aprovechó para renegar también de Caperucita -una Caperucita senil que ya peinaba canas cuando él se criaba con el resto de su camada- y de aquellos cretinos de sus sobrinos, que habían estimado conveniente combatir su demencia con esa mascarada para tenerla contenta y que así no los desheredara. ¿Qué culpa tenía él de que esa vieja grillada creyera ser de nuevo la niña que en su día provocó la muerte de su retatarabuelo? Si estaba zumbada, lo mejor que podían hacer era encerrarla y dejarse de zarandajas. Pero no, había que montar el numerito, y lo peor de todo era que había que repetirlo indefectiblemente todas las semanas, o incluso antes si a la dichosa Caperucita, a sus noventa años, se le antojaba ir a visitar de nuevo a su abuelita, la cual por cierto llevaba más de cincuenta años criando malvas...

Pero la muy puñetera estaba podrida de dinero, él no tenía un duro y la vida en el monte se había vuelto cada vez más difícil, con los ecologistas protegiéndole de los cazadores y los ganaderos pero sin ofrecerle ninguna alternativa que le permitiera comer caliente todos los días. Así pues, no había tenido más remedio que aceptar ese *trabajo* para poder sobrevivir... aunque por pura lógica, no podría durar demasiado tiempo, con lo cual acabaría dando otra vez con sus huesos en el paro.

Perra vida, se dijo mientras por una puerta disimulada -la casa de la abuelita era un simple decorado, ya que la original hacía mucho que había sucumbido víctima de la especulación y su solar pertenecía ahora a un flamante campo de golf- se dirigía a su camerino para ducharse -el maldito olor a la pólvora le impregnaba todo su cuerpo- y vestirse -se encontraba incómodo desnudo- antes de refugiarse en su domicilio, un pequeño apartamento en el piso vigésimo de una torre de viviendas de protección oficial diseñada, eso sí, por un prestigioso -y extravagante- arquitecto.

Mañana sería otro día.

CAPERUCITA INCOLORA

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes! -exclamó Caperucita.

-¡Son para comerte mejor! -aulló el Lobo Feroz abalanzándose sobre ella con sus poderosas fauces abiertas.

Pero Caperucita, lejos de amilanarse ante el ataque de la fiera, esquivó ágilmente su acometida al tiempo que su frágil cuerpo infantil experimentaba una repentina metamorfosis, hinchándose hasta aumentar varias veces de volumen al tiempo que se transformaba en una esfera traslúcida incongruentemente rematada por la cabeza de la niña, única parte de su cuerpo que resultó inmune a la drástica transformación.

El lobo, perplejo, detuvo su ataque al tiempo que preguntaba:

-¿Quién coño eres tú?

-Un *Omniphagus vorax*, para servirte. -respondió el engendro con voz infantil.

El lobo sintió que su sangre se helaba. Los *Omniphagus*, también conocidos por el significativo nombre vulgar de *Trágalotodos*, eran los seres más temidos de la galaxia. Oriundos de las profundas regiones estelares vecinas a la Nebulosa de Orión, poseían la capacidad de imitar a cualquier ser vivo, de la cual hacían uso para capturar a sus presas... porque, tal como se deducía de sus apelativos, eran unos depredadores terriblemente voraces.

-¿Qué... qué haces aquí? -balbuceó el frustrado cazador, sabiéndose perdido.

-¡Oh, tan sólo estoy de paso! Se me averió la astronave y no tuve más remedio que realizar un aterrizaje de emergencia en estos andurriales. Llamé inmediatamente al servicio de Asistencia en Ruta, por supuesto, pero me dijeron que tardarían algún tiempo en llegar; entremedias me entró hambre, salí a dar una vuelta a ver qué encontraba por aquí y...

-Y te encontraste con Caperucita. -completó la frase el lobo con un hilo de voz.

-¿Te refieres a esa impertinente larva de humano? ¡Oh, sí!, me preguntó por el camino a seguir para llegar a casa de su abuelita. Me sirvió de aperitivo, pero como me supo a poco decidí convertir a su abuelita en el plato fuerte de la pitanza. Pero no me suena que tú seas ella... -al parecer, según decían, los *Omniphagus* eran capaces de asimilar parcialmente los recuerdos de las presas que devoraban- Da igual. -concluyó- No tienes mala pinta, y desde luego me saciarás más que ese saco de huesos.

Y uniendo la acción a la palabra, con una velocidad vertiginosa el cuerpo traslúcido del visitante se hinchó todavía más plegándose hacia delante hasta fagocitar completamente al infeliz lobo. Apenas unos minutos después de éste quedaba tan sólo un puñado de huesos descarnados desparramado sobre el desierto lecho, mientras el alienígena, saciado ya su apetito, se retiraba satisfecho a su vehículo a la espera de que llegara la ayuda que le permitiera salir de allí.

Lo único que le fastidiaba era esa irritante compulsión por aullar al satélite del planeta que le había entrado de repente, aunque confiaba en que con el tiempo se le acabaría pasando.

CAPERUCITA MORADA

El monótono tic tac del reloj de cuco desgranaba insensiblemente las horas mientras el Lobo Feroz, cada vez más nervioso, daba vueltas sin parar en el lecho. El tiempo pasaba y Caperucita no aparecía, pese a que según sus cálculos debería haber llegado ya hacía mucho a casa de su abuelita.

El ridículo disfraz le incomodaba bastante, pero lo que más le atormentaba en esos momentos era el hambre. Había intentado devorar a la vieja, pero se encontró con que ésta era tan sólo un rancio y nada apetecible puñado de piel y huesos, y al fin y al cabo él no dejaba de ser un *gourmet*. Si Caperucita seguía sin venir, no sabía como podría soportar los retortijones, amén de que la sola sospecha de que su cuidado plan pudiera venirse abajo por culpa de cualquier imprevisto bastaba para erizarle la tupida pelambreira. ¡Con lo difícil que resultaba ganarse la vida en estos días!

De repente oyó el ruido de la puerta de la casa al abrirse, la cual previsoramente había dejado sin echar la llave. Golpeándole frenéticamente el corazón, se preparó para capturar a su desprevenida presa. No podía fallar, se jugaba mucho en ello; y se estremeció pensando que el visitante pudiera ser otra persona, quizá un taimado cazador... pero no, la vida no podía ser tan cruel, se merecía ganar siquiera fuera una vez.

Instantes después comprobaba aliviado que se trataba de Caperucita, la misma inocente niña que horas atrás abordara en el bosque. Pero su aspecto había cambiado: en lugar de su vestidito floreado y la capa con capucha a la que debía su apodo, la muchacha vestía ahora un austero hábito -o eso le pareció- de color morado, mientras la cestita en la que portaba la merienda había sido cambiada por un rosario y un libro que, presumió, debía de tratarse de algún tipo de misal u otro texto religioso.

Perplejo, el lobo no se percató de que el tono de voz en el que se le dirigió, tomándole por su abuela, era asimismo muy distinto al que él esperaba:

-El Señor sea contigo, abuelita. ¿Estás preparada para rezar el rosario?

Y sin más dilación se arrodilló junto a la cama y empezó a entonar las plegarias.

-¡Venga abuelita, no te quedes callada! -le apremió ésta- ¡Reza conmigo! Bastante sacrificio he tenido que hacer para venir aquí a acompañarte, si tanto te preocupaba no poder acercarte a la iglesia, no entiendo por qué ahora estás tan parada!

-“*Esto no estaba en el guión*”. -se dijo la fiera, completamente desconcertada y sin saber como reaccionar. Sí, podía saltarse todos los prolegómenos y pasar directamente a la acción, la niña sería una presa fácil, pero...

Tres horas después, seguía rezando avemarías.

CAPERUCITA DURMIENTE

-¡Adelante! La puerta está abierta -exclamó el Lobo Feroz con voz de falsete, mientras revisaba con inquietud su improvisado disfraz.

La figura que penetró en la habitación no era la que esperaba; en vez de una niña ataviada con una capa de color rojo, se encontró con un atildado mocetón vestido con un lujoso traje de color azul turquesa.

-¡Tú no eres Caperucita! -exclamó con asombro.

-Eso resulta evidente -sonrió el recién llegado-. Permíteme que me presente: soy el Príncipe Azul, para servirte. ¿Y tú? Porque tampoco te pareces demasiado a la Bella Durmiente...

-No, yo soy... ¿pero qué demonios está pasando aquí? -se interrumpió irritado- ¿Dónde está la cría? Tenía que venir a casa de su abuelita.

-Mi querido y peludo amigo, por cierto permíteme que te diga que tu disfraz es patético, o mucho me equivoco, o te has debido de equivocar de cuento.

-¿Equivocado? ¿Qué quieres decir con eso? -rugió el Lobo incorporándose del lecho- Estamos en Caperucita Roja...

-En absoluto -la flema del Príncipe no podía ser más lograda-. Comprueba la ficha que hay adherida en la trasera del cabecero de la cama; estamos en el sector 3A47BX, y la... Caperucita esa me suena que pertenece a la sección 3B. Has metido la zarpa, querido...

-Entonces... -aulló la fiera con ademán lastimero- ¿quién demonios era la vieja que devoré al llegar aquí?

-Desde luego, la abuela de la rapaza no. Según todos los indicios, en estos momentos debes de estar haciendo la digestión de la Bella Durmiente que yo venía a despertar. Que te aproveche.

-¡Vaya, pues sí que la he hecho buena! -el acongojamiento del Lobo parecía sincero- Pero era una anciana decrepita y fea, apenas algo más que un costal de huesos y pellejo, nada que ver con la joven lozana que pinta la leyenda...

-Es normal -explicó el Príncipe al tiempo que se sentaba en el borde de la cama sin que la afilada dentadura de su compañero le incomodara lo más mínimo-. Después de tantos años dormida, ¿qué esperabas?

-Pero te he dejado sin novia...

-¿Es eso lo que te preocupa? -exclamó el Príncipe estallando en carcajadas- Tranquilízate, puedo asegurarte que me has hecho un gran favor.

-¿Cómo dices? -le preguntó el Lobo mirándole de hito en hito; cada vez entendía menos lo que estaba ocurriendo.

-¿Por qué crees que he tardado tantísimo tiempo en venir a despertarla? -le explicó con gesto cómplice- Maldito lo que me apetecía casarme con esa petarda, máxime cuando aun de joven era más fea que picio aparte de tonta del bote; pero hijo, nobleza obliga, y además estaba en las cláusulas del contrato. Por eso he estado dando largas durante todos estos años, pero ya no podía retrasarlo más... por suerte me has quitado ese peso de encima, razón por la cual te estaré eternamente agradecido. Libre de mi compromiso, podré seguir dedicándome a mis juergas, que al fin y al cabo es lo que verdaderamente me gusta.

-¿Y yo? -gimió el infeliz Lobo- ¿Qué voy a hacer ahora?

-Hum... eso es cosa tuya, amigo -se desentendió el Príncipe encogiéndose de hombros-. No creo que te exijan responsabilidades penales, al fin y al cabo tú sólo eres una fiera salvaje, pero es bastante probable que no te vuelvan a contratar en ningún otro cuento vistos los resultados.

-¿Entonces estoy acabado! ¿Qué voy a hacer a mis años? Ya no soy ningún lobezno, y si me devuelven al bosque moriré de inanición o, todavía peor, me cazarán como a una alimaña...

-En eso tienes razón, me temo. Pero me caes simpático y además estoy en deuda contigo, por lo que me sabe mal dejarte en la estacada. Así pues, te propongo un trato: ¿por qué no te vienes conmigo? Podrías ser mi mascota.

-¿Lo dices en serio?

-Por supuesto -respondió el de azul en tono solemne-. Eso sí, te advierto que mi ritmo de vida es bastante frenético; ya sabes, una fiesta aquí, una juerga allá, una orgía acullá... aunque me esté mal decirlo, lo cierto es que soy uno de los miembros más solicitados y más afamados de toda la *jet*. ¿Lees las revistas del corazón? En el último número de *¿Qué tal?* me hacen una entrevista en la que...

-Me da igual -le interrumpió el ansioso cánido-. Acepto tu ofrecimiento; lo único que quiero es salir de aquí en cuanto pueda.

-Estupendo. Quítate esos ropajes, haz la maleta si es que la tienes, y vente conmigo antes de que descubran el desaguizado. Tengo aparcado el ferrari allí afuera; ya estaba harto de los caballos. Eso sí, te advierto que no podrás entrar conmigo en las fiestas, ya que no suelen admitir a las mascotas. Pero te lo pasarás bien, y no tendrás que aceptar trabajos ridículos.

Y se fueron.

CAPERUCITA NARANJA

-¡Abuelita, abuelita, ya he llegado! -exclamó alegremente la niña al llegar a la casita del bosque.

Pero en contra de lo que esperaba ésta, la anciana no respondió con el consabido:

-“¡Adelante, Caperucita, la puerta está franca!”

De hecho, no hubo ninguna respuesta.

Alarmada, Caperucita asió el picaporte de la puerta; la llave no estaba echada. Así pues, armándose de valor la abrió franqueando el umbral.

Para sorpresa suya, su abuela no estaba allí. En su lugar, sentado sobre la cama en la posición del loto, se encontraba un extraño individuo de luengo hocico y enhiestas orejas ataviado con una túnica de color azafrán. Su insólita indumentaria, unida a un incongruente cráneo afeitado que contrastaba vivamente con la hirsuta pelambreira del resto de su cuerpo, hizo que la muchacha tardara algún tiempo en identificar al intruso.

Era el Lobo, el Lobo Feroz, de eso no cabía duda... pero, ¿qué extraña transformación había experimentado esta fiera, la cual no se limitaba al parecer a su estrambótica apariencia dado que, lejos de abordar su tradicional papel, se limitó a ignorar a la recién llegada sin interrumpir la extraña y monocorde salmodia que estaba entonando con aire ausente.

Harta de esperar, y frustrada por no poder recitar eso de “*Abuelita, abuelita, qué orejas tan grandes tienes*”, que al fin y al cabo era por lo que la pagaban, Caperucita optó por interrumpir el trance del absorto lobo. No le resultó fácil, pero finalmente, y tras reiterados esfuerzos, consiguió devolverle más o menos a la realidad.

-Pero tío, ¿qué demonios te pasa? ¿Estás alelao, o qué?

-¿Por qué me has interrumpido el mantra? -se lamentó el depredador- Estaba a punto de entrar en trance.

-¡Qué trance ni qué niño muerto! -la rapaza empezaba a tener un cabreo monumental- ¡Se supone que tenemos un trabajo que hacer, querido!

-¡Uhhh, sí, el trabajo! -el lobo estaba todavía muy lejos de recobrar la lucidez- Mira, mona, me temo que tendrás que seguir tú sola; yo he visto la luz y he decidido cambiar de vida.

-Tronco, ¿tú de qué vas? -la irritación de Caperucita había cedido paso a la perplejidad- ¿Se te ha ido la olla, o qué? No me fastidies; ¿no te habrán comido el tarro esos tíos raros de los Hare Krishna?

-¿Qué tiene de malo renunciar a la perfidia del mundo, a la violencia, a la crueldad? No podía seguir siendo el Lobo Feroz, me atormenta pensar en todo el tiempo que he estado aterrorizando a la gente o devorando, ¡ag, me da asco recordarlo siquiera! carne de inocentes seres vivos. A partir de ahora todo será diferente, y yo me encontraré en paz con mi espíritu.

-¡Pues sí que estamos apañaos contigo! -Caperucita estaba al borde mismo del síncope- ¡Escucha, gilipollas, tenemos un contrato firmado! ¿Entiendes? Y tenemos que cumplirlo, si no queremos que nos pongan de patas en la calle.

-A mí ya no me importa que me despidan. -respondió con flema el converso- De hecho, me pensaba despedir yo. Así pues, si me haces el favor de decírselo al jefe de personal te lo agradecería infinito, pues no me haría perder tiempo en mis meditaciones. en cuanto a ti, me temo que tendrás que buscarte otro *partenaire*.

-¡Me cagüen la leche que me han dao! ¿Me puedes decir, pedazo de capullo, dónde demonios voy a encontrar yo a estas alturas a otro lobo? ¿Es que no sabes que están protegidos por los ecologistas, y que está prohibido utilizar animales salvajes para cualquier tipo de espectáculo como el nuestro? Y eso sin contar con las presiones de los sindicatos, o con los mangoneos del productor que, con la excusa de la caída de audiencia, lleva tiempo amenazando con pegar el cerrojazo... ¡y ahora vas tú y se lo pones a huevo! ¿Es que quieres hundirme? -exclamó rabiosa la chica, con lágrimas en los ojos.

-Lo siento, de verdad que lo siento, pero mi decisión es firme y ya no tiene marcha atrás. Y ahora, si me disculpas, quisiera volver a meditar...

Y la dejó con dos palmos de narices, ignorándola como si no existiera. Caperucita, presa de un ataque de histeria, viendo que resultaba inútil intentar descargar su ira contra el insensible lobo acabó por marcharse de la casita dando un fuerte portazo que a punto estuvo de resquebrajar las endeble paredes.

-¿Y ahora qué hago yo? -gemía con desconsuelo al tiempo que se despojaba con rabia de la capa y arrojaba la cestita con la merienda al lindero del camino- ¡Pero a éste lo mato, te juro que lo mato!

CAPERUCITA PARDA

-¡Abuelita, abuelita, qué dientes más grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -rugió el Lobo Feroz abalanzándose sobre Caperucita.

Pero no llegaría a alcanzarla, puesto que en ese mismo instante dos hoscos individuos de tez cetrina, ataviados ambos con indumentaria paramilitar, irrumpieron en la habitación interponiéndose entre ambos y haciendo férrea presa de la sorprendida fiera. Pese a su aspecto tosco e hirsuto y su achaparrada estatura, lograron inmovilizarlo tras apenas unos segundos de forcejeo.

-¿Qué...? ¿Qué es esto? -preguntó perplejo a sus captores- Caperucita, ¿quién demonios son estos tipos?

-Quien quiera que sean es algo que no viene a cuento; -fue la respuesta de la muchacha- puedes considerarlos mis guardaespaldas.

-Está bien, prometo no hacerte nada, palabra de lobo; por favor, ¿te importaría decirles que me soltaran?

-Mi querido y peludo amigo, me temo que eso no va a ser posible. Y no porque te tema, te aseguro que nunca has representado un verdadero peligro para mí, y mucho menos lo serías en un futuro; pero conforme a las leyes que rigen el Nuevo Orden todos los cánidos antropomorfos habéis sido considerados como una raza inferior, y como tales, lamento tener que decírtelo, no tenéis cabida en el Nuevo Orden. Así pues, te recomiendo que no te resistas a tu destino, porque entonces sería todavía peor para ti.

-Pero... pero... ¿qué pretendéis hacer conmigo?

-Enviarte al lugar donde te corresponde, junto con tus congéneres y el resto de las razas inferiores. No te preocupes, si acatas las órdenes que se te impartan el trabajo te hará libre.

Y volviéndose hacia los mudos e inexpresivos sicarios, ordenó:

-Llevalo a la estación y entregadlo al responsable del convoy.

Una vez que éstos hubieron partido con su doliente prisionero, Caperucita sacó el teléfono móvil y marcó un número:

-¡Hola! Soy Caperucita. Sí, misión cumplida. Ah, y procurad que los próximos esbirros que me mandéis sean arios puros, rubios y con los ojos azules; ya estoy harta de tener que bregar con semejante chusma. Sí, ya sé que la cosa está muy mal y que cuesta trabajo reclutar gente, pero todo tiene un límite...

CAPERUCITA Y CÍA

Caminaba alegre Caperucita, con su linda capita encarnada y su cestita de la merienda, hacia la casa de su abuelita, cuando al borde del lindero salieron a su encuentro tres ceñudos individuos que le bloquearon el paso con ademán amenazador.

-¿Quiénes sois? -preguntó atemorizada la niña.

-¿No nos conoces? -respondió con tono burlón el que parecía llevar la voz cantante, al tiempo que su jeta se retorció en el feo remedo de una sonrisa- ¿Seguro que no te suenan nuestras caras?

-Pues... -dudó la muchacha- ¿No seréis los...?

-Efectivamente, somos tus colegas, los Tres Cerditos, para servirte. -corroboró el segundo de ellos rematando la frase con una cómica reverencia.

-¿Y qué queréis de mí?

-Algo muy simple. -remachó el tercero- Que te des media vuelta y te vayas tranquilamente a casa.

-¡Pero tengo que ver a mi abuelita! -protestó Caperucita sin demasiada convicción- He cruzado todo el bosque para llegar hasta aquí. No puedo volverme ahora.

-Pues tendrás que largarte por donde has venido, rica. -graznó el primer marrano.

-¡Es que me está esperando! -sollozó la pequeña.

-¿Pero cómo puedes ser tan idiota? -le espetó el segundo cochino- ¿Es que no sabes quién se esconde detrás de esa puerta, pedazo cenutria?

-¿Quién va a ser? Mi abuelita...

-La carcajada de sus tres interlocutores fue tan estentórea que dejó a la niña tan sorprendida como humillada.

-¿Pero cómo puedes ser tan ingenua? -se avino a explicarle el tercer gorrino, algo más amable que sus dos hermanos- ¿Acaso no recuerdas con quién tropezaste al penetrar en el bosque?

-Sí, con el Lobo Feroz, que dicho sea de paso fue muy amable conmigo... Oye, ¿no estaréis insinuando que...?

-¡Bingo! Piensa un poquito, muñeca, que no es tan difícil como parece. ¿Olvidas que este individuo mostró mucho interés en saber a dónde ibas, y que tú, que eres más tonta que como la sopa con un tenedor, se lo dijiste?

-¿Y cómo sabéis vosotros eso? -preguntó ella con suspicacia- No recuerdo que estuvierais allí...

-No, no estábamos, pero leemos y conocemos tu cuento, no como tú que no haces más que pasar las horas muertas tragándote los culebrones y los programas basura que echan por la tele.

-Por eso sabemos que, agazapado en la casita de tu abuela, se encuentra, acechándote, el lobo. -remachó otro de ellos, a esas alturas era tal el aturdimiento de Caperucita que no podría precisar cual, ya todos le parecían iguales.

-Bueno, ¿y qué? -respondió con chulería- Al fin y al cabo éste es mi cuento, no el vuestro, y puedo disponer de él como mejor me parezca. Así que ya estáis largándoos con viento fresco, que se me enfría la merienda y además no se puede decir que oláis precisamente a Channel número cinco, pedazo de guarros.

-Puede que el cuento sea tuyo, pero desde luego el lobo no...

-¿Cómo dices, costal de tocino?

-Que no es tu lobo, sino el nuestro. -insistió el aludido haciendo caso omiso a la pulla- El tuyo se dio de baja por depresión hace unos días, y el sinvergüenza del productor decidió birlarnos el nuestro, dejándonos sin trabajo. Así pues, decidimos venir para llevárnoslo.

-¡Eso tendréis que demostrarlo! -chilló la muchacha- ¡Idos a hacer jamones, que es lo único bueno para lo que servís!

-¿Te convence esta *demostración*? -galleó el que llevaba la voz cantante esgrimiendo un grueso garrote- Y te advierto que mis hermanos cuentan con idénticos *argumentos*. Y ahora, ¿vas a ser una niña buena y te vas a ir con tu mamá antes de que se haga de noche?

Caperucita comenzó a retroceder con lentitud, sin perder de vista un solo instante a los tres matones, que se habían desplegado formando un semicírculo en torno suyo, cuando oyó una recia voz a sus espaldas:

-¡Quieto todo el mundo! ¡Tengo la escopeta cargada con postas, y al primero que se mueva lo dejo tieso!

Los cerdos, que tenían de frente al intruso, se quedaron inmóviles y bajaron las cachiporras, aunque sin llegar a soltarlas. En cuanto a Caperucita, optó también por quedarse quieta pese a no poder ver al recién llegado.

-¡Y tú, niñata, date la vuelta con cuidado o te agujereo esa horterada de capa que llevas puesta junto con lo que hay debajo!

Caperucita obedeció, descubriendo que quien la amenazaba era un mozarrón ataviado de pastor al que acompañaba un imponente mastín. Y no mentía, puesto que la escopeta apuntaba directamente a su ombligo.

-¿Quién eres tú? -oyó decir a sus espaldas a uno de los tres cerdos- ¿Y qué pintas aquí?

-¡Cochinos, bah! ¡Donde estén las ovejas...! Me llamo Pedro, y como es fácil de adivinar, soy pastor. Y he venido para llevarme a ese lobo por el que os estabais peleando, puesto que yo también lo necesito para mi cuento.

-¿Y para qué lo quieres, si nunca aparece? ¿No te conocen como el pastor mentiroso? -se atrevió a preguntar otro de los gochos.

-¿Mentiroso yo? -exclamó furioso el zagal dejando de apuntar a Caperucita para amenazar al que había osado tildarlo de tal- ¡Merecerías que te agujereara la piel! Pero tienes suerte de que hoy me pillas de buen humor. No, no soy mentiroso, lo que ocurre es que la gente no es capaz de valorar mi imaginación. ¡Palurdos idiotas! Además, sí que necesito al lobo para terminar el cuento.

-Entonces, quizá pudiéramos llegar a algún tipo de arreglo... -propuso conciliador el cerdo que había hablado en primer lugar- Nosotros podríamos usarlo primero y luego enviártelo a ti, y todos contentos...

Iba a protestar Caperucita en un intento de hacer valer sus derechos, cuando una nueva voz vino a interrumpir la discusión.

-Disculpen, señores, ¿es aquí donde se encuentra trabajando el Lobo Feroz?

-Quien había hecho la pregunta, como pudieron comprobar sorprendidos todos los allí presentes, era una cabra de blanco vellón que acababa de llegar al claro.

-¡Vaya, éramos pocos y parió la abuela! -exclamó Pedro frunciendo el ceño- ¡Y encima es una cabra! -remachó despectivo- ¿Qué diantre quieres?

-Vengo a buscar al lobo. -respondió calmadamente la interpelada- Lo necesito para nuestro cuento, el de *El lobo y los siete cabritillos*.

-¡Pues tendrás que ponerte a la cola, amiga, porque al parecer todos hemos venido a lo mismo! -exclamó, mordaz, uno de los cerdos.

-¡Ya te estás largando con viento fresco de aquí. -graznó el pastor de mala gana- Bastante tengo con estos imbéciles para que tú vengas a incordiar.

-¡Pero es que yo traigo una autorización por escrito del productor para llevarme al lobo esté donde esté! -porfió la cabra- Tengo prioridad sobre cualquier otro cuento.

-¡Y un jamón! -exclamó Caperucita, incurriendo en el lenguaje políticamente incorrecto dada la presencia de elementos porcinos- La única que tiene derecho a disponer del lobo soy yo, que por eso es mi cuento.

-Pero soy yo quien tiene la escopeta... -recordó el pastor- y al perro.

Iban a hacer valer también sus presuntos derechos los tres cerdos, cuando se montó tal pandemónium que cualquier tipo de negociación se tornó directamente imposible. Hubiera sido difícil predecir el resultado de la discusión de no darse la circunstancia de que, cuando menos lo esperaban, se abrió la puerta de la cabaña apareciendo en el umbral el disputado Lobo Feroz.

-¿Qué coño está pasando aquí? -rugió con profunda y terrorífica voz- ¿Es que no se va a poder trabajar tranquilo?

Tras haber acallado momentáneamente a todos los que se le disputaban, la fiera comenzó a perder por momentos el aplomo que le caracterizaba.

-¡Hombre, Caperucita! ¡Y los Tres Cerditos, Pedro el Pastor y Mamá Cabra! ¡Pero si estáis todos mis compañeros de trabajo! ¿Qué hacéis aquí todos juntos? ¿No... no habréis venido a buscarme todos a la vez? ¡No...! ¡Quietos! ¡Quietos, os digo!

Porque, pasado el primer momento de indecisión, todos ellos se habían abalanzado en tromba sobre el desgraciado cánido, en un intento de arrebatárselo a los demás; hasta el mastín participaba con entusiasmo en la trifulca, repartiendo mordiscos a diestro y siniestro sin salvar de ellos ni tan siquiera a su amo.

Instantes después, todos ellos yacían magullados en el claro. El lobo, uno de los peor parados puesto que todos habían ido a por él, se levantó cojeando; tenía un ojo morado y una de las orejas desgarradas por culpa de un mordisco de su primo el mastín, y las ropas de mujer con las que se había disfrazado eran tan sólo unos destrozados jirones de ropa.

-¡Estoy harto! -rezongaba el pobre animal al tiempo que se dirigía hacia el sendero del bosque- ¡Completamente harto! ¡No basta con seguir siendo eventual después de tantos años, ni con que te contraten siempre por una empresa de empleo temporal que te explota y te paga una miseria! ¡No basta con tener que hacer pluriempleo para poder sobrevivir, aguantando a toda esta panda de chiflados y sin tener tiempo libre ni para ir a mear! ¡No señor, encima van y te pegan una paliza sin venir a cuento! ¡Pues que les zurzan, porque yo prefiero quedarme en casa cobrando el paro!

Y desapareció en la espesura, dejando al resto de los protagonistas compuestos y sin lobo.

-¿Y ahora qué hacemos? -se atrevió a decir uno de los cerdos.

-Ésa es una buena pregunta. -respondió filosóficamente el pastor- ¿A alguien se le ocurre alguna idea?

El mastín, satisfecho tras las tarascadas repartidas, se lamía feliz la barriga. De pronto, algo empezó a inquietarle; dejó los lametones y levantó los ojos para encontrarse con las miradas inquietantes de los cerdos, Caperucita, Pedro y la cabra.

-¡Ah, no, eso sí que no! Mi convenio lo dice claramente: perro de trabajo y compañía hasta el final de la obra, nada de disfrazarme de... ¡Aink!

Unos y otros tiraban para sí de las patas del pobre animal, que se debatía inútilmente entre tanta fiera.

CAPERUCITO/A ROJO/A

-¡Abuelita, abuelita, qué dientes más grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -rugió la fiera abalanzándose sobre la indefensa niña.

-¡Socorro, es el lobo! -gritó ésta con desesperación.

Sin embargo, y para sorpresa suya, su atacante se detuvo en seco con una expresión de ira reflejada en su semblante.

-¡Oye, niña, no te confundas! -la reprendió con acritud- Que yo de lobo no tengo nada; soy una loba, y a mucha honra.

-¿Acaso esta circunstancia cambia en algo la situación? -repuso la presunta víctima, recobrando siquiera en parte la calma- ¿O es que usted no es también un carnívoro, perdón, carnívora, salvaje?

-¡Un respeto, guapa, un respeto! Que ya está bien de tanta leyenda negra. ¿O es que no ves los documentales de la tele? Claro, te tragarás tan sólo los programas de telebasura... De fiera salvaje nada, servidora es una honrada depredadora que cumple con una tarea clave en la pirámide ecológica.

-Poco me importan esos matices, si de cualquier manera me va a devorar...

-¡Pero bueno! ¿Por quién me has tomado? Yo soy una loba comprometida con la lucha contra la discriminación sexual, y si estoy aquí en lugar de alguno de mis congéneres machos, es para denunciar el machismo de los cuentos, y no para colaborar con él.

-Entonces... ¿no me va a devorar?

-¡Que no, leches, que no! Devoraría gustosa a un macho de tu especie, pero no a una compañera.

-¡Ah, ya! -Caperucita seguía sin tenerlas todas consigo- Entonces, ¿qué hago yo ahora?

-¡Pero mira que eres pelma! -gruñó la loba, agitando el peludo rabo con impaciencia- ¡Y yo qué sé! Haz lo que te dé la gana, no es mi problema. Yo lo único que pretendía era reventar el cuento, y ya lo he conseguido.

-¿Y qué pasa con el cazador?

-¿Qué cazador?

-El que se supone que está ahí afuera y que tendría que entrar en el momento en el que usted intentara devorarme, disparándole a usted... -respondió la niña con un hilo de voz- ¿Es que no se sabe el cuento?

-¡Pues claro que sí, listilla! ¡No me lo voy a saber! Pero resulta que no es cazador, sino cazadora, y compañera además de mi comando feminista. ¿O es que no te extraña que no haya entrado todavía pese al escándalo que has montado con tus gritos? Está apostada ahí afuera, por si algún retrógrado machista intentara oponerse a nuestro acto de denuncia.

-¿Y mi abuelita?

-Anda que no eres coñazo, maja. La vieja está encerrada en el armario, y la liberaremos una vez que hayamos concluido nuestra misión. Sentimos tener que hacerlo, ella es también una hembra, pero por desgracia no se avino a nuestras razones...

-Sí. -reconoció la muchacha- la abuelita siempre ha sido un tanto chapada a la antigua, así que no me extraña que vuestras reivindicaciones le sonaran a chino. Pero no le hagan daño, pese a todo es una buena persona. Y ahora, señora loba, si usted no desea nada más de mí, le rogaría que me permitiera marcharme, ya que aquí no puedo hacer nada, el camino hasta casa es largo y no es conveniente que una niña pequeña ande sola de noche.

-Ya te he dicho que no tenemos nada contra ti, pero si quisieras unirme a nuestro movimiento serías bienvenida.

-Le aseguro que me gustaría, señora, pero tenga en cuenta que soy menor de edad, y si mi padre se entera...

-¡Machos! -escupió la loba con desprecio- Todos son iguales. Está bien, márchate, al fin y al cabo nosotras también estamos deseando largarnos.

Instantes después, Caperucita trotaba por el caminito que atravesaba por el bosque. Una vez que hubo perdido de vista la casita, escondida tras la densa masa de los árboles, apretó el paso a la par que exhalaba un profundo suspiro.

-¡Uf! ¡De buena de la que me he librado! Si esa zumbada llega a enterarse de que no soy una chica, a estas alturas no quedan de mí ni los huesos. En cuanto me eche a la cara a la lista de Caperucita me va a oír, ya estoy hasta las narices de tener que

sustituirla cada vez que se le antoja irse a morrear con su novio. Bastante ridículo es ya tenerme que disfrazar como si fuera un travesti, para que encima me toque jugarme el pellejo... y por las cuatro miserables perras que me paga.

Cuando su figura se perdió en lontananza, todavía seguía maldiciendo.

CAPERUCITA ESCARLATA

-Así pues, y en ejercicio de la autoridad que me ha sido conferida, os declaro marido y mujer. El novio puede besar a la novia.

El oficiante hizo una pausa exhibiendo una sonrisa que, sin solución de continuidad, se trocó en un rictus de espanto. Profundamente alarmado, exclamó:

-¡He dicho besar, pedazo de bestia, no morder!

Pero ya era tarde. El Lobo se había abalanzado sobre el grácil cuello de Caperucita asestándole una feroz dentellada, y ésta se desangraba por momentos sin que ninguno de los presentes pudiera hacer nada por evitarlo mientras su blanco vestido se teñía con el escarlata de la sangre.

Instantes después expiraba, sin haber podido disfrutar siquiera de su efímera condición de desposada.

-Yo... -se disculpaba el uxoricida cuando la policía se lo llevaba esposado- yo no quería hacerlo, pero la costumbre...

-Es una lástima. -suspiró el oficiante contemplando con tristeza cómo los servicios funerarios retiraban el cadáver de la infortunada joven- Para una vez que el cuento terminaba bien...

CAPERUCITA PARITARIA

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes tan grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -exclamó el Lobo Feroz abalanzándose sobre la indefensa muchacha.

Instantes después, todo lo que quedaba de la desdichada Caperucita era un informe montón de telas desgarradas y de huesos, mientras la sangre teñía de rojo las sábanas de la cama.

-¡Corten! -exclamó una voz. Y saliendo de detrás de las cámaras, el director ordenó al ahora calmado lobo:

-¡Tú! ¡Ve a ducharte, límpiarte bien las fauces y pasa luego por vestuario para que te den ropa nueva... esa la has dejado hecha un asco!

Cuando la fiera, obedeciendo dócilmente, hubo abandonado el estudio, continuó:

-¡Y vosotros los de atrezzo, quiero esto limpio en media hora... todavía tenemos que grabar tres escenas más!

Tras lo cual, volvió tras las cámaras. Aunque su intención era sentarse en su silla, al ver a un tipo de aspecto reptilesco que pululaba por allí se dirigió a él con cara de pocos amigos.

-¡Bien, estará satisfecho! -le increpó sin un ápice de amabilidad en su tono-. Como puede comprobar, y decírselo a sus amos, aquí respetamos escrupulosamente la ley de paridad... un lobo, una Caperucita. Un lobo, una Caperucita. Siempre al cincuenta por ciento, aunque el espíritu original del cuento se vaya al carajo. Esta vez le ha tocado a ella, así que la próxima será el lobo quien acabe fiambre por los disparos del cazador.

-Sí, claro -respondió éste con sorna-. Lo que ha olvidado añadir es que con esta ley que aparentemente tanto detestan ustedes se están ahorrando un montón de pasta... porque los lobos, al ser tan escasos, les salían bastante más caros que las caperucitas; eso sin contar con que al cazador le tienen ahora a media jornada con la excusa de que tan sólo hace la mitad del trabajo.

-Eso no es asunto de su incumbencia -bufó el director fulminándole con la mirada-. Ya ha espiado lo suficiente, ¿no? Pues ahora lárguese de aquí con viento fresco, porque está estorbando y tampoco me gusta su olor a podrido. Ya se está yendo, o aviso a los de Seguridad.

Y volviéndose hacia el lugar en el que aguardaba el equipo técnico, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡La siguiente Caperucita! ¿Está lista ya? ¡Que no tenemos todo el día...!

CAPERUCITA ECOLÓGICA

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes tan grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -exclamó el Lobo Feroz abalanzándose sobre la indefensa muchacha.

Por fortuna, un cazador que pasaba por allí, al oír los gritos de la desesperada muchacha y los aullidos de la fiera, entró a toda prisa en la cabaña descerrajándole un tiro en las fauces que dio con él en tierra antes de que pudiera devorar a la aterrorizada Caperucita. Acto seguido sacó su cuchillo de monte y, abriendo en canal el cadáver del lobo, sacó de su estómago a la abuelita, magullada y sucia, pero por fortuna ilesa.

-¡Corten! -exclamó una voz. Y saliendo de detrás de las cámaras, el director ordenó:

-¡A ver, vosotras! -dijo, dirigiéndose a Caperucita y a su abuela- Volved a vuestros camerinos y preparaos para la siguiente grabación; tenéis media hora. Y tú, abuela, dúchate y cámbiate de ropa, porque apestas.

Cuando éstas hubieron abandonado el estudio, ordenó a su vez al equipo:

-¡Y vosotros los de atrezzo, quiero esto limpio en media hora... todavía tenemos que grabar tres escenas más!

Tras lo cual, volvió tras las cámaras. Aunque su intención era sentarse en su silla, al ver a un tipo de aspecto reptilisco que pululaba por allí se dirigió a él con cara de pocos amigos.

-¡Bien, estará satisfecho! -le increpó sin un ápice de amabilidad en su tono-. Como puede comprobar, y decírselo a sus amos de producción, hemos seguido sus instrucciones para ahorrar presupuesto... aunque no me negará que queda un tanto ridículo usar perros San Bernardos en lugar de lobos de verdad, por mucho que los maquillemos...

-Hace mal en renegar de los jefes del estudio, al fin y al cabo tanto usted como yo somos empleados suyo -le reconvino éste-. En cuanto al cambio de los lobos por perros, debería saber usted que, al tratarse de una especie protegida, no nos era posible recurrir a ellos sin correr el riesgo de que nos denunciaran y nos paralizaran el rodaje... ya les pasó a los productores de *Los tres cerditos*, que por empeñarse en usar un lobo real todavía están pagando las multas, y gracias que lo les embargaron también los estudios.

-Usted dirá lo que quiera -rezongó el director-, pero a mí me parece ridículo.

Y mascullando por lo bajo, se dirigió a rumiar su enfado en la soledad de su camerino.

CAPERUCITA CINEGÉTICA

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes tan grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -exclamó el Lobo Feroz abalanzándose sobre la indefensa muchacha.

Por fortuna, un cazador que pasaba por allí, al oír los gritos de la desesperada muchacha y los aullidos de la fiera, entró a toda prisa en la cabaña descerrajándole un tiro a quemarropa a Caperucita, que se desplomó sobre la cama.

-¡Bueno, yo ya he cumplido mi parte! -exclamó el asesino dirigiéndose al expectante lobo-. Ahora, cumple tú con la tuya.

Rezongando, la fiera sacó del cajón de la mesilla un taleguillo que entregó al cazador con gesto de enfado.

-¡Ahí la tienes! -exclamó-. Bien caro me sales por un simple disparo... ¿acaso crees que nado en la abundancia?

-¿Acaso crees que no me la juego pegando tiros a la gente? -respondió burlón su interlocutor mientras contaba codiciosamente las monedas-. Y si no estás conforme, búscate a otro más barato para que te saque las castañas del fuego.

Una vez el cazador se hubo marchado, el lobo suspiró y, tras sacar del armario diversos utensilios de carnicero, procedió a la tediosa y desagradable tarea de trocear el cadáver.

-¡Mira que es desgracia llegar a viejo! -se lamentaba mientras manejaba con torpeza las cuchillas- Ni fuerzas tengo para cazar por mí solo... y por si fuera poco, tendré que ir en cuanto pueda al dentista para que me saque el único colmillo que me quedaba, porque el dolor es inaguantable. Dentro de poco me veo comiendo sopas y purés. ¡Para que luego digan que la vida de los lobos es afortunada! Se la cambiaba yo a esos listos

CAPERUCITA ZOMBI

El Lobo Feroz, tras devorar a la abuela de Caperucita, se había acostado en su cama vestido con un camisón y un gorro de dormir, planeando atrapar con engaño a la confiada muchacha.

Ésta no se hizo esperar, llamando pocos minutos después a la puerta de la casita. La fiera le dio permiso para entrar disimulando todo lo posible su ronca voz, y vio cómo la muchacha llegaba hasta el pie de la cama con la cara oculta bajo su capucha encarnada. Iba a darle una fingida bienvenida cuando ésta echó bruscamente hacia atrás la capucha, mostrándole un rostro distorsionado y cadavérico, con evidentes síntomas de putrefacción pero al mismo tiempo vivo... o, cuanto menos, no muerto del todo.

La muchacha, o lo que fuera, se movía con torpeza, como si le costara trabajo sincronizar los músculos de su corrompido cuerpo. Pero se dirigía hacia él con decisión, mientras el rictus marcado en su deforme cara no dejaba dudas acerca de sus malévolas intenciones.

-¡Un zombi! -exclamó aterrorizado el Lobo Feroz al tiempo que intentaba saltar de la cama.

Pero el camisón y las sábanas entorpecieron sus movimientos, impidiéndole huir del peligro. Además el monstruo bloqueaba el paso hacia la única puerta de la habitación, dejándole acorralado y sin posibilidad de escapar. No le cupo la menor duda de que estaba perdido.

Instantes después, sentía como los aguzados dientes de su presunta víctima se hincaban con saña en su cuello. Sus días como mortal habían terminado, y a partir de ese momento pasaría a engrosar el número de los muertos vivientes.

-Bien -se dijo con resignación mientras agonizaba-. Al fin y al cabo yo ya estaba acostumbrado a devorar carne humana, así que con un poco de suerte no tendrán por qué notarse mucho las diferencias.

Y expiró.

CAPERUCITA LICÁNTROPA

-¡Abuelita, abuelita, qué dientes más grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -exclamó el Lobo Feroz abalanzándose sobre la desprevenida Caperucita.

La niña, terriblemente asustada, dio un salto hacia atrás cayéndosele la capucha que hasta entonces había llevado echada sobre la cabeza. Este gesto, aparentemente trivial, tuvo la virtud de detener a la bestia justo cuando iba a clavar las fauces en su indefensa víctima.

Perplejo, observó el rostro de la muchacha, que no era humano pero tampoco lobuno... o era ambas cosas a la vez. Con un escalofrío, recordó que era noche de luna llena.

-Tú... -exclamó perplejo-. Tú... eres...

-Una licántropa -explicó Caperucita, temblando de terror-. Éste es mi secreto.

El lobo, pensativo, consideró lo difícil que resultaba encontrar hembras de su especie a causa de la feroz persecución sufrida de manos de los humanos a lo largo de los siglos. Así pues, deponiendo su expresión feroz y esbozando lo que pretendía ser una sonrisa, preguntó:

-Y tú, Caperucita, ¿estudias o trabajas?

LOBITO ROJO Y LA CAPERUZA FERROZ

Lobito Rojo era el cachorro más pequeño de la camada, y debía su apelativo a la bella tonalidad caoba de su pelaje. Esa mañana había decidido ir a visitar a su abuelita, una vieja y venerable loba, para llevarle como obsequio el gazapo que había cazado la noche anterior, su primera presa, de la cual se sentía legítimamente orgulloso.

Lobito entró en la madriguera de su abuela y, tras depositar cuidadosamente su trofeo en el suelo, procedió a saludar alegremente a la anciana, que permanecía acurrucada en el fondo del comfortable cubil.

-¡Abuelita, abuelita! -y viendo el extraño objeto alargado que yacía al lado del cuerpo de la loba, exclamó:- ¡Abuelita, qué rabo más largo tienes!

-¡Es para cazarte mejor! -exclamó la falsa abuela, desprendiéndose de la piel de lobo con la que se había camuflado al tiempo que apuntaba al aterrado Lobito con la escopeta que éste había tomado ingenuamente por su rabo.

Lobito, petrificado por el pánico, se supo perdido. Había caído en una trampa de la pérfida Caperuza Feroz, la más sanguinaria cazadora de lobos de todo el país. Se decía que ni siquiera respetaba la vida de los cachorros más indefensos, con cuyas pieles gustaba de hacerse guantes y calcetines... tan sólo era cuestión de que apretara el gatillo.

Por fortuna para él, un inesperado ruido en la boca de la lobera distrajo momentáneamente a la feroz asesina, lo justo para que una sombra se abalanzara sobre ella sin darle tiempo a disparar la mortífera arma. Se trataba de Lobo Audaz, el más encarnizado enemigo de los cazadores, a los cuales se enfrentaba, con el único auxilio de sus colmillos, en defensa de la stirpe lobuna. Posiblemente en un espacio abierto no habría tenido la menor oportunidad frente a la escopeta de su enemiga, pero en el interior de la estrecha lobera, y aprovechando la momentánea distracción de su rival, se lanzó como una centella contra su cuello acabando en instantes con la detestable asesina.

Apenas se hubo repuesto del susto, Lobito manifestó su agradecimiento a su providencial salvador, el cual se limitó a recriminarle paternalmente por su peligroso descuido. Acto seguido ambos procedieron a devorar a la malvada Caperuza, reservándose para Lobito las partes más succulentas de su correosa carne. En cuanto a su horrible capa, símbolo de tantos asesinatos de inocentes lobos, ésta fue colgada de las ramas de uno de los árboles más altos del bosque para advertencia a los lobeznos imprudentes y como recuerdo perenne de su maldad.

CAPERUCITA DOMINATRIX

-¡Abuelita, abuelita, qué dientes más grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -exclamó el Lobo Feroz abalanzándose sobre Caperucita.

Ésta, sin amilanarse, dio un paso atrás al tiempo que, con un hábil movimiento de su brazo, se desprendía de la capa roja con la que hasta entonces había estado embozada, desvelando un ajustado atavío de cuero negro profusamente adornado con herrajes metálicos. Unas botas altas, también de cuero y rematadas por unos espectaculares tacones, y unas medias de malla que le cubrían los muslos, completaban su peculiar vestimenta.

-¡Atrás, bestia inmundada! ¡Atrás! -le conminó, al tiempo que fustigaba a la fiera con un látigo que había sacado de la cesta.

El lobo, sumiso, se acurrucó sobre la cama implorándole perdón. Instantes después, la bestia se encontraba boca abajo, atada por las cuatro patas a las esquinas de la cama y con un bozal y un collar ceñido al cuello, mientras su partenaire le azotaba inmisericordemente el lomo como preámbulo a prácticas aún más escabrosas.

-¡Habrase visto! -rezongaba ésta para sus adentros-. Lo que hay que hacer para poder ganarse el sueldo. Como si a mí me apeteciera andar sacudiendo a este imbécil...

-¡Sigue, sigue! -gemía mientras tanto el Lobo Feroz, cada vez más excitado por el castigo.

CAPERUCITA FOFA

Iba Caperucita por el bosque camino de la casa de su abuelita, cuando de repente le salió al paso el temible Lobo Feroz.

-¿Dónde vas, Caperucita, tan sola por este apartado bosque plagado de peligrosas fieras? -le preguntó la alimaña interponiéndose en el sendero.

-Voy a casa de mi abuelita, a llevarle la merienda -respondió la niña, lamentándose en su fuero interno por haberse dejado olvidado en casa el aerosol de gas pimienta.

-¿Y de dónde vienes? -inquirió de nuevo.

Viendo que ésta no respondía, añadió:

-¿No será, por casualidad, del Burger Shit? ¿O quizá del Pizza Trash?

Aunque Caperucita persistió en su silencio, la fiera supo que había dado en el clavo.

-¡Así estás cada vez más gorda, de tanto comer comida basura! ¿Acaso te has mirado últimamente en el espejo? ¿O es que ni te atreves siquiera? -la espetó-, Porque cada día te vas pareciendo más a una foca. Eso sin contar con que tendrás el colesterol, los triglicéridos, las transaminasas, la glucosa y la tensión arterial por las nubes, así que no te extrañe que cualquier día te pueda dar un jamacuco. ¿Es que no puedes comer algo más sano como fruta, verdura o pescado?

Caperucita no rechistó, pero agachó la cabeza al tiempo que su terso -en realidad hinchado- cutis, incluyendo la doble papada, se teñía de un vívido tono cárdeno.

-Y seguro que también le llevarás a tu abuela esas porquerías ¡Trae aquí! -ordenó al tiempo que le arrebató de un zarpazo la cesta.

-Me lo temía -rezongó el lobo-. Una Big Caca doble con queso o lo que sea esa cosa amarilla, chorreante de ketchup y mostaza; unas patatas fritas, que además serán transgénicas, rezumando aceite de palma, y para beber una Soja Mola Mil calorías con sabor a barbacoa... ¿es que quieres matar a la pobre vieja?

Y adoptando su expresión más terrorífica, aulló:

-¡Ya estás volviendo a tu casa y preparándole a tu abuela una merienda como Dios manda! Pescado a la plancha, una ensalada, pan candeal, fruta, un yogur semidesnatado y para beber, agua. ¡Ah, y el aceite de la ensalada que sea de oliva, nada de esas guarrerías

que tanto te gustan! Y con esto me quedo yo -remachó volcando la cesta y devolviéndosela vacía-, no sea que tengas tentaciones de comértelo por el camino. ¡Venga! -le apremió-, que se hace tarde.

Cuando Caperucita, aterrada, se perdió corriendo y llorando tras un recodo del camino, el Lobo suspiró y, recogiendo las viandas requisadas, se apresuró a devorarlas.

-¡Hay que ver lo bajo que he caído, yo que no hace tanto era el terror del bosque! -se lamentó la fiera tras beberse, a modo de postre, el brebaje camuflado de refresco-. Pero después de una semana sin probar bocado, lo cierto es que la dignidad puede irse tranquilamente a hacer puñetas.

Y exhalando un profundo suspiro, se consoló:

-Sí, ya sé que podría haber devorado a las dos tal como establecía el guión original, pero entre que la vieja es un saco de huesos y la niña una bola de grasa, la verdad es que no me apetecía lo más mínimo. Esto que me acabo de comer es una porquería, de acuerdo, y además estaba asqueroso, pero al fin y al cabo me ha llenado el estómago. Muy sano no debe de ser, pero por comerlo una vez no creo que me haga demasiado daño. Menos, probablemente, que el que me podría haber hecho comerme a Caperucita, que a saber a qué sabrá después de tantos años cebándose con esta bazofia.

Y encogiéndose filosóficamente de hombros, se internó en la espesura camino de su guarida.

CERDITO ROJO

Se encontraba el Lobo Feroz acechando a los incautos viajeros que osaban internarse por el sendero que atravesaba el bosque, cuando vio llegar por él a una figura que le resultó familiar bajo la capa y la caperuza de vivo color rojo.

Así pues, saltó a mitad del camino interceptándole el paso al tiempo que preguntaba con voz fingidamente meliflua:

-¿Dónde vas, Caperucita, por estos parajes tan peligrosos para una niña?

-¿A dónde quieres que vaya, sino a llevarle la comida a ese puñetero vejstorio? - rezongó quien se agazapaba bajo la vestimenta, con una voz chirriante que poco tenía que ver con la que cabía esperar en una muchacha-. ¿Crees que lo hago por gusto en lugar de estar viendo tranquilamente la final de la Liga de Campeones? -concluyó, rematando con un rotundo taco que daba buena muestra de su malhumor.

-Pero tú no eres Caperucita... -musitó, confundida, la fiera.

-¿Acaso lo parezco? -gruñó el recién llegado- Y a mucha honra, sólo faltaría que me compararan con esa mocosa. Pero a la muy imbécil no se le ocurrió otra cosa que coger el sarampión, el médico le dio la baja y ¡hale!, los de arriba echaron mano del primer pringado que tuvo la mala suerte de tropezar con ellos, es decir, yo. ¡Y ni siquiera me pagan las horas extras alegando no sé que cláusula del convenio!

-¿Entonces, quién eres tú?

-Soy uno de los Tres Cerditos -respondió éste echando hacia atrás la capucha y mostrando orgulloso la jeta-. Pero te aseguro que otra vez no me pillan en un marrón, ya sabré escurrir el bulto como lo hicieron mis dos hermanos.

El Lobo estaba desconcertado, pero como astuto que era supo reaccionar con rapidez.

-Vaya mala suerte... -condescendió-. Y dime, ¿cuál de los tres eres tú? ¿El de la choza de paja, el de la cabaña de madera o el de la casa de ladrillos?

-¡Pero bueno, tío! ¿De dónde has salido? -respondió el gorrino-. Hace ya mucho que los tres nos mudamos a un chalet adosado en una urbanización en primera línea de playa; a ver si te crees que íbamos a seguir viviendo en mitad del bosque como unos miserables anacoretas.

-Eso está bien, siempre es bueno mejorar -respondió el taimado cánido-. Así estaréis a salvo de las alimañas que pululan por estos parajes -añadió con total desparpajo.

-Pues sí, sobre todo después del percance que tuvimos con un congénere tuyo, menudo susto que nos llevamos. Y ahora, si me lo permites... -concluyó el Cerdito mostrando su intención de continuar su camino-. Estoy deseando darle su comida a la vieja y volver a casa lo antes posible, no sea que mientras tanto me vuelvan a largar otro muerto.

-Por supuesto... -concedió el Lobo apartándose educadamente a un lado-. Pero dime, ¿cuál es la urbanización en la que vivís? Teniendo en cuenta vuestro buen gusto, estoy seguro de que será muy interesante mudarse allí, al fin y al cabo ya me estoy volviendo viejo y las humedades de mi cueva me traen mártir con el reuma.

-¡Oh, es muy conocida! Se llama La Alegría de la Costa, y son muchos los compañeros nuestros que se han mudado allí -respondió su interlocutor al tiempo que reanudaba el camino-. Blancanieves, la Bella Durmiente, Pinocho, Aladino, Alicia, la propia Caperucita... la verdad es que hay muy buen ambiente y nos lo pasamos estupendamente en el club social, las piscinas, el gimnasio o el campo de golf. ¡Hasta luego! -saludó alzado amistosamente la pezuña antes de perderse de vista tras una revuelta del camino.

-¡Vaya, vaya! -murmuró para sí el Lobo una vez se vio de nuevo solo-. Ya me extrañaba a mí que llevara tanto tiempo sin poder echarme a la boca a un mísero personaje de cuento... y mi primo, el rival de estos tres puercos, me dijo el otro día que a él no le iba mejor. Bien, tendré que ir a buscarlo y proponerle que dejemos de acechar en el bosque, ya que así sólo conseguiremos acabar muriéndonos de hambre. Será mejor que nos asociemos y nos reconvirtamos en asaltadores de casas. Al fin y al cabo entrar en uno de esos adosados no puede ser demasiado complicado, y allí sin duda no nos faltarán presas incautas a las que poder devorar. ¡Sí, es una buena idea! -exclamó ilusionado.

Y silbando entre las fauces -bastante mal, por cierto- la melodía de *Mira siempre el lado bueno de la vida* de los Monty Phyton, marchó alegre hasta la cercana cueva de su primo para proponerle su plan.

CAPERUCITA PIJA

Caperucita salía con sus amigas Blancanieves, Cenicienta -que sólo lo era en pantalla- y las dos Bellas del exclusivo *resort* donde todos los días jugaban al pádel y al golf, chapoteaban en la piscina, se ponían al día de los chismes de la alta sociedad y mariposeaban entre los numerosos jóvenes ociosos -y adinerados- que se dejaban caer por allí.

-Bueno, chicas, mañana nos vemos -se despidió de ellas, encaminándose hacia el Lamborghini rojo regalo de su último cumpleaños.

Estaba abriendo la puerta cuando la súbita llegada de un desconocido la sobresaltó. Echando precipitadamente el bolso -de marca, evidentemente- en el que guardaba la ropa de deporte al asiento trasero, se volvió descubriendo que se trataba de su antiguo partenaire el Lobo Feroz; un Lobo Feroz de aspecto triste y alicaído ataviado con unos harapos que le daban el aspecto de mendigo que probablemente era.

Además olía mal, constató al tiempo que fruncía con desagrado el entrecejo. ¿Es que la gente no se podía duchar todos los días? Tampoco era tan cara el agua...

-¿Qué haces aquí? -le espetó con acritud-. Éste no es un sitio para ti.

-Ya lo sé -respondió la fiera con humildad-. Pero es que estoy desesperado. Llevo varios años sin trabajar, no tengo ningún ingreso, me desahuciaron de mi cueva y... -concluyó avergonzado- tengo hambre. Hace varios días que no pruebo bocado.

-¿Y qué quieres que haga yo? No tengo la culpa de que por tu mala cabeza no supieras salir adelante como actor.

“Y de no haber tenido unos padres podridos de dinero y con contactos en las altas esferas como tú -pensó rencorosamente el Lobo-. De haber contado con tus agarraderas, poco me hubiera importado que colapsara el mercado de películas basadas en los cuentos infantiles”.

-Caperucita, por el recuerdo de los años que fuimos compañeros de trabajo, te ruego que me ayudes. Estoy desesperado...

-Lo siento, pero no acostumbro a llevar dinero en metálico encima, hay mucho desaprensivo por ahí suelto y no quiero que me den un susto.

-Llévame a donde sea, a una hamburguesería barata, donde puedas pagar con tarjeta... para ti no es nada, y para mí sería mucho -suplicó el Lobo.

-¡Qué dices! -respondió ésta, palideciendo ante la perspectiva de que pudiera llegar a mancharle los asientos de cuero-. No puedo, tengo que ir a visitar a mi abuelita y ya voy con retraso.

Era cierto, aunque calló que no le apetecía lo más mínimo ver a semejante arpía; pero su padre le insistía una y mil veces en la conveniencia de mostrarse simpática con ella y dorarle la píldora, ya que la vieja estaba podrida de dinero y había que evitar por todos los medios que se lo dejara en herencia a las imbéciles de sus primas.

Haciendo un displicente gesto de despedida, Caperucita montó en su deportivo y salió calle adelante en un arranque digno de un conductor de Fórmula 1. Mientras se alejaba del andrajoso Lobo, pensaba que no tenía que olvidarse de avisar al servicio de vigilancia de la urbanización donde se encontraba el *resort* para que anduvieran más diligentes a la hora de evitar que se colaran mendigos. Faltaría más.

El Lobo, por su parte, contempló como se alejaba su antigua colega meditando melancólicamente sobre el antiguo adagio de que el hombre era un lobo para el hombre, que él interpretaba como que el hombre -la mujer en este caso- era un hombre para el lobo. Tras lo cual, procedió a abandonar ese reducto de fatuos privilegiados en busca de otros lugares más hospitalarios con los desafortunados.